

PROLOGO El amor en tiempos de transición

Por Rossana Reguillo

ESTE LIBRO SOBRE *los* imaginarios y las prácticas amorosas entre los jóvenes, viene a saldar una cuenta pendiente en el campo de estudios de juventud en el país; y no solamente porque se trate de un tema prácticamente ausente en las reflexiones y estudios empíricos que han conformado el vigoroso debate mexicano (y latinoamericano) en torno a los jóvenes, sino porque su autora logra, en su acercamiento, una triple articulación que no suele caracterizar la investigación sobre juventud: el plano de lo subjetivo, la dimensión objetiva y la historización, articulación siempre difícil para las ciencias sociales.

Es decir, se trata de un texto que no elude la pregunta por los marcos estructurales que constriñen la práctica de los actores, pues es capaz de situarse en los horizontes discursivos que configuran la escena subjetiva en la cual los jóvenes despliegan saberes, creencias, discursos y, de manera fundamental, el recorrido histórico desarrollado por la autora, por lo que ofrece a los lectores interesantes parámetros de contrastación y un marco denso para la interpretación y comprensión de la actualidad.

El texto que el lector tiene en sus manos hoy, es producto de una larga y acuciosa investigación que encara una pregunta crucial para los tiempos que vivimos, el cuestionamiento por las continuidades y transformaciones en las percepciones y valoraciones que orientan las prácticas juveniles en torno a la pasión llamada amor. Y es crucial, porque como bien lo argumenta e ilustra la autora, en el ámbito de las pasiones se juega la construcción de la biografía en su doble sentido, en lo que toca al mundo de lo íntimo y personal y, en lo que se vincula con el mundo de lo público. Así, Zeyda Rodríguez se desmarca de las posiciones tanto biologicistas como intrapsicológicas para acercarse a su objeto de estudio, desde una perspectiva social, constructorista, en la que queda claro que el amor, pese al componente instintivo que lo anima, está siempre "sujetado" a los marcos sociohistóricos y el proyecto político y cultural que cristaliza en lo que Bourdieu llamó estructuras sociales objetivas y que no son otra cosa, que las instituciones reguladores del pacto social.

Por ello, una de las razones que vuelven relevante este libro, es que, precisamente, el hacerse cargo de la historización de los imaginarios amorosos, posibilita a la investigadora colocarse en el territorio de las prácticas juveniles, para constatar "que el uso del cuerpo y las normas que rigen la afectividad son terrenos en los que se expresa nítidamente el conflicto". Así, vemos por ejemplo cómo emergen un conjunto de prácticas innovadoras que resisten su inscripción en un imaginario nítido (el romántico y el posromántico, según las categorías propuestas por la autora) y que pese a ello, se desmarcan del marco institucional que, en una lógica foucaultiana, buscaría "vigilar y castigar". No puede ser más pertinente para un debate de fondo sobre la sociedad contemporánea, que la afirmación planteada por Rodríguez: "la cultura de la confesión

va perdiendo terreno y el ámbito del secreto ensancha sus fronteras". Para la autora hay una relación directa entre confesión y culpa. Pese a la fuerte evidencia empírica que sustenta su análisis, esta afirmación parecería ir a contravía de lo que se discute y argumenta sobre el incremento de la "cultura de la confesión" en estos tiempos, uno de cuyos analizadores principales serían, por ejemplo, los *reallity shows* o la llamada "tele-verdad", donde el componente testimonial, de confesión, ocuparía un lugar central en estas narrativas. El debate que abre el estudio de Rodríguez obligaría a preguntarse si no estamos ante una transformación entre el binomio culpa-confesión, es decir ante una especie de "confesión liberada de la culpa" y si justo lo que ella encuentra en su escenario de trabajo, estaría señalando que el silencio de las prácticas transgresoras o heterodoxas de los jóvenes, más que expresión de una resistencia a un campo simbólico de normas y preceptos, estaría indicando que lo afectivo (y lo sexual) no ocupan, en los imaginarios juveniles, el lugar de reservónos de culpas y pecados como en etapas precedentes y esto, tal vez, obligaría a preguntarse si más que frente a un "ensanchamiento de las fronteras del secreto", podríamos estar asistiendo a una forma de autonomización del sujeto con respecto a los órdenes institucionales.

Lo que quiero enfatizar es que el libro de Zeyda Rodríguez, nos coloca, sin concesiones, frente a una pregunta acuciante, que se agrava por el fortalecimiento de un discurso moralizador que en el país, encarna un poder hoy hecho gobierno. ¿Cuál es el margen de transformación entre la autonomía y la heteronomía en los actores juveniles? Los datos de la *Encuesta Nacional de Juventud 2000*, que la autora analiza y problematiza para el caso de Jalisco, epicentro de su estudio, parecerían ratificar que en las prácticas y formas de valoración juveniles, gana peso la heteronomía, es decir, el discurso orientador y sancionador que coloca al sujeto en situación de sujeto-sujetado, por la religión, la moral, las fuerzas que siempre vienen de un imperativo situado más allá de la voluntad de ese sujeto y, una enorme dificultad para colocarse frente a lo social desde la autonomía, es decir, como sujeto -social- que asume la gestión de su propia biografía, por poner esta discusión en términos más esquemáticos. Sin embargo, como bien lo señala Rodríguez, las "resistencias" a las que quisiera pensar aquí, como expresiones más que contestarías como espacios de autonomización, se presenta de modo más frecuente en "lo que hacen" que en lo que "dicen" los jóvenes. Es decir, el espacio de una práctica que "todavía" no accede a un discurso de sentido sobre el hacer o un conjunto de prácticas que se desmarcan, distancian de unos marcos institucionales que no sirven ya como instancias reguladoras, ofertadoras, de sentido. Ello abre un interesante e importante espacio de preguntas. Por el método, por las posiciones enunciativas del sujeto, por la mirada que mira e interpreta los datos.

La complejidad de este estudio se vuelve evidente por lo que a falta de un término mejor o más estandarizado, llamaré "triangulación metodológica", nominación a todas luces insuficiente, para nombrar, describir, interpretar lo que implica la investigación de la complejidad a través del uso de varios recursos metodológicos, desde una posición epistemológica. Rodríguez no elude el "problema" de lo cuantitativo, lo afronta con la mirada de una analista social que asume que hay un plano de la realidad que es solo asequible para la pregunta que indaga por tendencias, formas, estandarizaciones sociales; pero lo fundamental, estriba, me parece, en que la autora logra un movimiento muy complejo en su aproximación, al dotar al plano de lo "cuantificable" de un carácter no prescriptivo sino dialogante y complementario con lo subjetivo, es decir, la arti-

culación e interpretación del dato que proviene del enunciado del actor. En el capítulo v, es donde se despliega con mayor nitidez esta estrategia, además de abordar con originalidad y rigor conceptual el nivel de lo institucional, adoptando para ello una perspectiva "bourdiana", con el concepto de *campo*, avanza hacia una propuesta interpretativa no solo densa, sino altamente productiva en términos analíticos. Me refiero a lo que Rodríguez llama "frentes liberados" y "frentes vigilados", que conforman un acercamiento que trasciende lo descriptivo, para ubicar la relación entre estructura y sujeto, entre control y resistencia, como una relación compleja y multidimensional en la que se abre la pregunta por el papel de la tecnología, la estética y la producción cultural, como ámbitos "facilitadores" de la autonomización de los jóvenes. Ello, me parece, (re)coloca a la cultura como un espacio conflictivo y paradójico, que al tiempo que garantiza la reproducción social posibilita la ruptura y la innovación.

¿Límites y posibilidades de lo amoroso? En su extraordinario prólogo a *Amor Líquido*,¹ Zygmunt Bauman, acude a la novela de Robert Musil, *El hombre sin atributos*, para señalar la enorme inestabilidad que caracteriza la época. Ulrich, el héroe de Musil, debe desarrollar, por esfuerzo propio, aquellos atributos que quisiera poseer, sin garantía, sin la certeza de que esos atributos "durarán indefinidamente en un mundo colmado de señales confusas", dice Bauman. En otras palabras, el drama "del hombre sin atributos" -desanclado de los vínculos que caracterizaron la etapa precedente-, es la inseguridad, la incertidumbre en torno a su condición como ser social, a la que se añade el esfuerzo permanente por interpretar las señales del entorno y a su "soledad" frente a instituciones y discursos que, desregularizados o implosionados, no acompañan al sujeto en la construcción de certezas para el sentido y para la acción; pero, es bien cierto que en este drama se esconde una posibilidad, la de la innovación y en todo caso, la posibilidad de generar estrategias, a la manera de De Certeau, que puedan redefinir las reglas del juego.

Tensión y ligereza, normatividad y experimentación constituyen el nudo del conflicto en el que los jóvenes deben dar la batalla por la "adquisición de atributos", para remontar o asumir la tragedia de Ulrich, "el hombre sin atributos". El libro de Zeyda Rodríguez se inscribe, decididamente, en este debate que desafía no solamente a las ciencias sociales, en su capacidad o apertura para incorporar nuevas preguntas, sino además, a la misma sociedad que, a través de sus jóvenes, esos "post-pioneros" de los que nos habló Margaret Mead, están en mejores condiciones para asumir los desafíos que el "nuevo territorio", atravesado por la tentación de acudir a lo dicho y sabido y/o experimentar la construcción, sostenimiento de otras lógicas, podrían restituir a la afectividad, al amor, al eros, una potencia articuladora que, más allá de la tragedia del héroe de Musil, posibilitaran un mundo en el que la afectividad completara mucho más que el deseo de preservar al objeto amado y la entrega a éste.

Al igual que "Ulrich", los jóvenes que estudia Zeyda Rodríguez y de los que da cuenta en este imprescindible libro, deben dar la batalla por la constitución de su propia biografía en un mundo en reconfiguración acelerada y, es desde el terreno de lo amoroso en el que se sitúa la autora, en el que es posible observar la tensión entre las herencias románticas que imprimen un aura de pureza trágica a las pasiones y esa

¹ Zygmunt Bauman, *Amor Líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, FCE, Buenos Aires, 2005.

invención postromántica que, sin renunciar a la utopía del sentimiento, coloca a los jóvenes en mejor posición para negociar, resistir, innovar y quizás, principalmente, desprenderse -con cierto escepticismo y libertad- de las constricciones de un mundo que avanza de manera muy lenta y accidentada para liberarse de las normas censurables y el aparato de control que ha venido "administrando" las pasiones.

¿Cómo penetrar hermenéuticamente el sentido, la configuración amorosa que orienta las prácticas de estos jóvenes, mujeres, hombres, heterosexuales, homosexuales, universitarios, trabajadores?, Rodríguez va al encuentro de la subjetividad juvenil -que se despliega con poderosa nitidez en el capítulo vi-, a través de dos nociones fundamentales: formaciones discursivas y narrativas. Este doble movimiento, le permite, a través de las formaciones discursivas, ubicar el discurso de los jóvenes en un entramado complejo de instituciones, marcos estructurales y contextos sociohistóricos, de esa manera lo subjetivo no queda reducido a la expresión individual de deseos y opiniones sin contexto social. Pero las narrativas, le posibilitan encontrar, más allá de la estructura, la lucha que libra el sujeto por constituir su propia biografía.

La autora acude a cinco dimensiones analíticas para articular los dos planos anteriores: la dimensión locativa, la estética, la relacional, la sexual y la discursiva, a las que se acerca con diferentes dispositivos metodológicos. En este sentido considero que este libro inaugura una tercera fase en los estudios de juventud en el país que según mi propio mapa,² han sido el momento descriptivo y el momento interpretativo. Rodríguez, va más allá de ambos, al reingresar "el dato" interpretado en un nuevo campo conceptual y metodológico, de esta manera el lector está no solamente ante un riguroso estudio empírico o ante un estupendo desarrollo teórico, sino ante la emergencia de un dispositivo de comprensión que abre vías, preguntas, lógicas y de manera especial, posibilidad de teorizaciones alternas.

Las vidas narradas de "Paulo", "Emilio", "Nadia", "Regina" o "Lena", nos colocan frente a la dilatación de lo social encarnado en el sujeto. Y se hace evidente que la emancipación social es solo posible a través de la emancipación de la subjetividad.

En un momento en el que resulta urgente incluir en el espacio público, la multiplicidad de voces y posiciones enunciativas que conforman la diversidad nacional, donde los jóvenes ocupan un lugar fundamental, *Paradojas del amor romántico*, renuncia al privilegio de la verdad incuestionable que detenta el más fuerte y se abre, en palabras de Bauman "al litigio", al riesgo que implica debatir y que en ese intento, la propia verdad "pueda ser eventualmente desarmada".

Y esto, me parece, marca el trabajo de Zeyda Rodríguez, una joven y sólida investigadora que viene pisando fuerte en el campo de estudios de juventud y, seguramente, es mucho lo que aún tenemos que esperar de su trabajo.